

Antes de.... la.... torment.....

Benjamín Alastuey



Capítulo 1

La conocí en un bar de cócteles, pero ella no estaba trabajando como camarera.

Se estaba emborrachando como yo en el mostrador, charlando con desconocidos, algunos de los cuales hacían cola para ordenar.

Nos desmayamos de un lado a otro, como en la cubierta de un barco azotado por la tormenta; entonces ella gritó en mi oído.

Ella apestaba a perfume y ginebra; y luego, en su habitación, me pregunté si había salpicado el último y si había bebido el primero.

Antes de eso, tuvimos una conversación como:

- ¿Usted?
- Sí, espera un minuto.
- Sé que es ____ _____. No está bien.
- Espera espera espera...

Así que nos llevamos bien. No recuerdo dónde estábamos parados, solo las palabras y el agudo olor de la ginebra y ese otro de perfume.

Varias personas holgazaneaban, algunas de espaldas a nosotros, como una audiencia de micrófono abierto cuya atención se ha distraído.

Gritar o cantar ocurrieron en cierto punto cuando un individuo trepó a la barra antes de estrellarse de nuevo.

Cuando salimos a la carrera, me sorprendió ver que el huracán había pasado; más aún que no había una gota de agua en la calle llena de taxistas.

Entonces recordé que era Octubre y que una tormenta no había arrasado esta ciudad en meses, años desde la más adecuada.

Lo que explicaba la falta de coches volcados y de casas abandonadas a la deriva en los alrededores, los transeúntes vestían pulcramente y parecían tener planes: no despeinados y embrujados como borrachos o supervivientes de huracanes.

Pero la tormenta se arremolinaba otra vez más tarde, lanzando nuestros cuerpos semidesnudos de un extremo de su habitación al otro.

Un estante me rompió el cráneo y ella se golpeó un tobillo; Hubo gritos y llantos, recriminé y empujé una pared hacia atrás con la palma de mi mano.

Esa habitación no tenía sentido como refugio de tormenta, innumerables objetos deshonestos por ahí y no había suficiente cinta adhesiva en las ventanas.

Sus compañeras de piso entraron en pánico por las escaleras, golpeando las paredes, porque el alba se había convertido en día y aún así la tormenta rugió.

En algún lugar en medio de eso, me pregunté sobre el perfume y la ginebra. Puede que incluso le haya murmurado: ¿te pusiste la ginebra y bebiste el perfume?

Y ella probablemente dijo: Sí. Ella dijo eso mucho, lanzando sus ojos directamente a los míos.

Sí.

Tenía el tipo de figura que los artistas nerviosos trataban de pintar veinte veces antes de tirar el pincel. Lleno de secretos; brillante de vida

Todas las líneas y giros, garabatos y virajes. Me mantuve en movimiento, sin pensar en nada, agarrado firmemente con los dedos de los pies y los dedos a las esquinas de las paredes y los postes de la cama indiferentes.

Luego dormimos, nuestra balsa, desperdigada por la tormenta, a la deriva bajo el sol de la tarde, con la boca reseca y los desechos arrastrándonos a través del océano sin vida.

¿O acaso la escuela de peces debajo de nosotros, brillando como chispas de fogatas en una noche sin fondo?

Lo extraño -y solo lo recordé más tarde, poco después de separarnos- fue la forma en que se inmovilizó cuando los vientos se levantaron, los antebrazos ante mi cara, las rodillas en el cuello, la cabeza presionada hacia abajo y cómo, húmedos de sudor, tuve que separarla, una extremidad tras otra, persuadiéndome en la escalera.

Escuché al año siguiente que murió en un choque de motocicleta, borracha, durante una temporada que hizo los papeles para tales catástrofes sin sentido.

_____ de Octubre __, 20__